

Nº 608
6
Abril
2022
Miércoles



De cabeza a la pobreza

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

La vida de Juan Español ha cambiado a peor. En el bar de la esquina, en el supermercado, en la gasolinera, en casa, con el recibo de la luz y el gas. Todo se ha vuelto más caro. La escalada del IPC en lo que va de año no deja de impresionar: 6,1% en enero, 7,6% en febrero y 9,8% en marzo, la más alta desde mayo de 1985, con Felipe en Moncloa y Boyer en Economía. Según Funcas, eso se traduce en una pérdida global del poder adquisitivo de los hogares de 16.700 millones, y ello siempre y cuando la curva empiece a ceder, que será peor en abril con seguridad, y consiga cerrar el año en un 6,8% de promedio. Frente a semejante realidad, la propaganda de Sánchez ofreciendo cataplasmas temporales con 6.000 millones (cifra equivalente al exceso de recaudación de Hacienda debida precisamente a la inflación) solo produce indiferencia cuando no desdén. Adiós al sueño de esa recuperación brillante que algunos auguraban antes de lo de Ucrania. Mejor guardar los



ahorros de una vida, a los que ese 9,8% ha metido un buen bocado, en espera de tiempos mejores. Incertidumbre. Sobre la espuma de un Estado del Bienestar que aspiró a acompañar la vida del español medio desde la cuna a la tumba, flota ya el espectro de los cambios que no se hicieron a su hora, las reformas que se postergaron, las deci-

siones políticas que se tomaron mal, por meras razones ideológicas o de partido. Cuestan más los bienes y servicios que consumimos y valen menos nuestros ahorros. Todos vamos a ser más pobres, somos ya más pobres. Y no para un rato.

Más pobres individual y colectivamente, como el país de segundo orden que somos, capaz de renunciar a su industria para convertirse en un proveedor de servicios básicamente turísticos. Decisiones políticas mal tomadas. Toda economía desarrollada se asienta sobre una potente estructura productiva, cuya columna vertebral es una industria boyante capaz de competir a escala global. España carece de músculo industrial porque, por decisión política, todo

se desmanteló y liquidó por cuatro perras, muchas veces llegadas de Bruselas como contrapartida. La reindustrialización del país, objetivo a perseguir por cualquier Gobierno preocupado por el futuro, descansa hoy más que nunca sobre un pilar fundamental llamado autosuficiencia energética. Cuando estos días nos acercamos con nuestro coche a una estación de servicio, comprobamos en nuestras carnes el error de una Unión Europea convertida en rehén del gas y del petróleo rusos, por no hablar del precedente de las satrapías del Oriente Medio. Y el error de un país, el nuestro, totalmente dependiente del exterior para su aprovisionamiento energético, fundamentalmente del gas de Argelia y de la energía eléctrica (de origen nuclear) de Francia. Aquí las nucleares están prohibidas y las que existen, amenazadas de cierre inminente. Hace décadas que nadie invierte un duro en prospección petrolífera en la península y sus costas, y otro tanto cabe decir del fracking en un país donde la izquierda ecotonta está acostumbrada a imponer su ley con la anuencia de los Gobiernos de izquierda y de derecha, y la indiferencia de una sociedad civil en Babia. De construir pantanos ni hablamos, porque es franquista.

El resultado es que ya somos un país de segundo nivel, sumido en la tormenta perfecta de una crisis multiseccional, que no deja de perder posiciones en



los rankings internacionales que miden el nivel de vida de sus gentes. El PIB per cápita español en 2021 (25.410 euros) es idéntico al de 2004. El de Irlanda, una isla que hace décadas solo producía patatas, fue en 2021 de 83.990 euros. Pero, claro está, somos un país que ha sido capaz de elegir a un presidente como Zapatero, a otro como Rajoy y a un tercero, tres eran tres, como el profundamente ignorante y ególatra Sánchez, un tipo capaz de, por su cuenta y riesgo, tomar una decisión como la del Sáhara poniendo en grave riesgo el suministro del gas argelino. Un país que ha despilfarrado las capacidades que en materia de energía nuclear atesoraba, pero que está obligado a volver sobre una fuente fundamental en la composición de nuestro mix energético si queremos competir y crear empleo y mantener un cierto nivel de vida. Ya se ha escrito mucho sobre la decisión de Macron de instalar nuevas centrales nucleares. Esta misma semana, el Gobierno de Boris Johnson ha anunciado la sustitución de buena parte de las centrales nucleares británicas a punto de finalizar su vida útil por una serie de minireactores, fabricados por Rolls-Royce, los llamados Small Modular Reactors (SMR), que pueden ser fabricados en un lugar distinto al de su instalación y que además permiten abaratar costes y reducir el impacto medioambiental, ello en un esfuerzo por reducir la dependencia del gas y el petróleo y alcanzar lo que hoy es la gran meta de cualquier país desarrollado: la autonomía energética.

Un asunto tabú en España. Nadie, en efecto, se atreve aquí a hablar del tema por miedo a la reacción en tromba de la izquierda ecotonta y sus altavoces

mediáticos, pero alguien deberá romper el fuego de una energía cuya aportación resulta estratégica para lograr la autonomía energética. La nuclear y las renovables, naturalmente, tan ensalzadas por esa izquierda tan proclive a olvidar que el cobalto y otros minerales estratégicos esenciales en la construcción de las placas solares y los molinillos proceden de minas situadas en países como el Congo, en las que trabajan niños en condiciones de semi esclavitud. Tan proclive a olvidar, también, que con la instalación de las placas y molinillos que arruinan nuestros paisajes no participamos en la cadena de valor correspondiente, porque todo lo importamos del extranjero, de países como Alemania, que aquí no creamos ni valor añadido ni puestos de trabajo. Urge poner remedio de inmediato a nuestra dependencia energética, en el bien entendido de que no es posible esperar resultados de un programa de esta naturaleza en el corto/medio plazo. Razón de más para, cuanto antes, poner manos a la obra en procura de esa autonomía energética, y hacerlo por encima de las ideologías, como un imperativo patriótico, una cuestión de soberanía nacional y de bienestar colectivo.

La misma urgencia reclama la necesidad de proceder a la consolidación de unas cuentas públicas en situación insostenible. Este es, quizá, el mayor nubarrón que se yergue sobre el bienestar y el nivel de vida de los españoles. La amenaza inminente de empobrecimiento colectivo. En un escenario de bajo o nulo crecimiento y alta inflación, con un BCE obligado a subir tipos y cerrar el grifo de las compras de deuda soberana, la evolución de la prima de riesgo española es tan perfectamente descriptible como imaginable. La es



pada de Damocles de una crisis de deuda es algo más que una hipótesis. Nuestra deuda pública alcanza ya los 1,42 billones de euros –datos del BdE correspondientes a enero–, tras doblar prácticamente su tamaño en una década. Una espiral vertiginosa que no parece preocupar a nadie, menos aún a este Gobierno

de ignorantes, y que indica que España lleva tiempo viviendo por encima de sus posibilidades, gastando mucho más de lo que ingresa. El dique de contención de la más elemental prudencia ha sido rebasado por argumentos variopintos, desde la pandemia a la guerra de Ucrania, pasando por esa bandera tan querida de la izquierda, la lucha contra una «desigualdad» que en realidad no aspira más que a igualar a todos en la más ignominiosa pobreza. Una deuda que habrá que pagar, porque solo los comunistas de Podemos y algún otro iluso creen el cuento de la cancelación de la deuda, de que la deuda soberana no se va a pagar nunca. Basta preguntar a los acreedores internacionales qué piensan al respecto. Una deuda cuya amortización, en el horizonte de subida de tipos e inflación galopante, exigirá cada vez más y más recursos. Es decir, más impuestos. Más pobreza colectiva.

Cualquiera que sea el Gobierno que se haga con las riendas en sustitución de este que ahora padecemos deberá tomar cartas en el asunto de inmediato. El

panorama no deja de ser aterrador para un PP que acaba de estrenar presidente. La situación de las cuentas públicas, que no hace más que empeorar con cada decisión que adopta un Ejecutivo superado por las circunstancias, no admite demora y reclama cirugía radical en forma de ajuste que una sociedad entre hedonista e infantil como la española difícilmente soportará. Pero no hay vuelta atrás. Este es un país condenado a la irrelevancia por culpa de una clase política depauperada y de una sociedad que la ha tolerado con su voto cada cuatro años. Una sociedad envilecida, muy castigada por unas leyes educativas que parecen perseguir la destrucción total de la nación de ciudadanos libres e iguales. No hay en un país riqueza natural comparable a la de una población bien educada. Es la tercera forma de pobreza que amenaza el horizonte español a largo plazo: la existencia de unas leyes educativas que el nuevo Gobierno deberá enviar a la basura al día siguiente de llegar al poder.

Que el PSOE haya decidido acabar con la enseñanza pública de calidad en nombre de no sé qué igualdad es uno de esos crímenes que un país serio no debería perdonar nunca a su autor. Los socialistas han decidido condenar a los hijos de las familias españolas con menos recursos a la sempiterna pobreza, al privarles del ascensor social que suponía, para cualquier joven inteligente, una buena educación pública. Los buenos empleos quedarán reservados para los hijos de las familias de clase media y alta, capaces de pagar los mejores centros educativos privados. Desde luego para los hijos de la elite socialista, que naturalmente jamás osarán llevar a sus hijos al colegio público del barrio. Un Gobierno que ha destruido la Educación, que ha laminado el Estado de Derecho (la utilización de la Ley Concursal para premiar los servicios prestados por la FGE Lola Delgado, es la última de sus fechorías) y que se ha convertido en el mayor peligro para el bienestar de las familias españolas. Sacarlo del poder cuanto antes es ya una cuestión de urgencia nacional.

* * *

Estas son las consecuencias de acabar con la Historia de España en el currículo de Bachillerato

Eduardo de Mesa Gallego, coordinador del Instituto CEU de Estudios Históricos, explica el objetivo «idiotizador» detrás del cambio: «¿Cómo se van a entender las Cortes de Cádiz sin estudiar primero a los Reyes Católicos?»

María Serrano (*El Debate*)

Si se aprueba en el Consejo de Ministros, el real decreto de enseñanzas mínimas de Bachillerato dejará a sus alumnos sin conocer la Historia previa a 1812. Así, la asignatura quedará configurada de manera muy diferente a su predecesora, la Lomce o «ley Wert»: según el proyecto, se soslayan hechos capitales como la conquista musulmana y la posterior Reconquista, la organización política de las Coronas de Castilla, Aragón y Navarra, el descubrimiento de América o la Ilustración en España.

Además, el currículo de Bachillerato para completar la ordenación de contenidos de la LOMLOE introduce «el estudio de las grandes reformas estructurales que acometió la II República», así como las «reacciones antidemocráticas» que derivaron en la Guerra Civil, ofreciendo una versión idealizada de un periodo histórico negro en nuestro país.

Para entender las consecuencias que este abordaje sesgado de la Historia tendrá para los alumnos, *El Debate* ha hablado con Eduardo de Mesa Gallego, coordinador del Instituto CEU de Estudios Históricos. «Con el simple conocimiento de esos hechos es imposible entender no solo historia de España, sino la Historia del mundo. Un alumno que empieza a estudiar la importancia de 1812, ¿respecto a qué la va a reconocer?», se pregunta el historiador, que recalca que un estudiante ni siquiera conocerá la época de las catedrales o cuándo se crean las universidades. «No entiendo nada: se trata de llevar a los chicos al desconocimiento total; no tiene ningún sentido».

De Mesa Gallego recurre a ejemplos cotidianos para explicar la catástrofe. «Uno de estos alumnos ni siquiera entendería por qué en el centro de Madrid las calles son estrechas, por qué hay una Plaza Mayor, no sabría lo que es la Edad Media: parece un plan diseñado para privarles de cualquier tipo de conocimiento histórico», apunta, a la vez que destaca la imposibilidad de estudiar un acontecimiento desligado de su contexto.



diar un acontecimiento desligado de su contexto.

También aduce este doctor en Historia por el University College Dublin que es imposible explicar el cambio de régimen sin entender qué es el Antiguo Régimen. Ante una de

las explicaciones que se da para este cambio, que consiste en decir que muchos alumnos se quedan a las puertas de estudiar la Guerra Civil porque es «demasiado temario», recurre a su vivencia personal: «Yo soy de la EGB y lo sufrí, pero ¿cómo vamos a dejar de estudiar el Descubrimiento y la Conquista de América? Habrá que buscar otra solución. Hay que entender la primera vez que se unificó España, lo que supuso la Reconquista y las gestas de los Austrias y los Borbones».

¿Un plan para manipular a los alumnos?

Ante tanto «sinsentido», dice De Mesa Gallego que sólo le queda malpensar: «Hay un objeto de deseo muy oscuro que quiere este Gobierno: la mente de los jóvenes. La única explicación posible es que ante la desinformación y la falta de conocimientos, los alumnos sean más fáciles de manipular y apoyen las tesis que defiende el poder».

«El problema es que se busca politizar la enseñanza. Cuando todo comenzó y se filtraron estos posibles cambios, yo empecé a alzar la voz contra la tergiversación de la Historia, y llegaron a advertirme sobre «meterme con la izquierda». Hoy, visto lo visto, todo el que tiene un mínimo de formación crítica este decreto: incluso la Real Academia de la Historia se ha pronunciado en contra», continúa el historiador, contrario a la idealización de ciertos capítulos de la Historia, como al parecer se planea hacer con la República.

«Una guerra tiene a dos bandos enfrentados, y se cometen atropellos en ambas partes. ¿No van a hablar de las checas de Madrid, la quema de conventos, el asesinato de sacerdotes y religiosos? ¿Van a dar una versión irreal de los tres años de la guerra? Solo contar una parte de la Historia no solo es un desastre, sino que es peligroso», asevera, a la vez que recuerda que incluso hubo

separaciones y levantamientos dentro del propio bando republicano, como la «lucha a muerte de comunistas contra anarquistas».

«Pretender que los musulmanes vinieron como amigos cruzando el Estrecho de Gibraltar es una mentira, aunque es tendencia ahora entre la izquierda decir que no existió conquista. Otra verdad desconocida: ni el PSOE ni UGT se opusieron al gobierno de Primo de Rivera; al revés, fueron grandes apoyos porque veían que era algo positivo para España», continúa el coordinador del instituto universitario, que además rescata la figura de El Cid.

Si se trata de reducir currículum para reducir carga lectiva y, por tanto, mejorar las tasas de fracaso escolar, «¿por qué no se reduce el temario de asignaturas como Matemáticas? Casualmente se hace con Historia, y sólo con determinados capítulos de la Historia. Por lo que la conclusión es clara», sentencia De Mesa Gallego: «Buscan la idiotización de la sociedad española para hacernos a todos más manejables aún».

* * *

Pinochito

Félix de Azúa (*El Subjetivo*)

Escritor, doctor en Filosofía y catedrático de estética. Miembro de la Real Academia Española

Las informaciones son confusas, como es lo propio del Gobierno de España, pero al parecer Feijóo ya ha conocido personalmente el temple progresista de Pedro Sánchez. Según algunos medios, el nuevo presidente del PP había acordado con el socialista una bajada de impuestos, dentro de las medidas para aliviar la catastrófica situación del país. No obstante, lo primero que ha hecho Sánchez ha sido suprimir ese supuesto en el pacto que



se supone han de firmar ambos partidos. Feijóo ha reaccionado con sorpresa y ha dicho, según la prensa no oficialista, que Sánchez: «¡Nos ha engañado a la cara!».

No podemos saber si la sorpresa de Feijóo era auténtica o se trataba de un disimulo gallego de los que impiden saber si sube o baja la escalera.

¿De verdad no estaba al tanto, Feijóo, de que el jefe del progresismo español es el máximo campeón de la mentira en provecho propio? Sus engaños, fraudes, falsedades y disimulos se cuentan por decenas hasta el punto de que podemos afirmar (y afirmamos) que uno de los caracteres centrales del progresismo, al menos en España, es el recurso constante a la mentira. Quizás por eso los progresistas españoles admiran tanto a Putin. A Pinocho le crecía la nariz, al Pinochet hispano le crecen los asesores a dedo.

¿Qué es una mentira? Lo primero, ya me perdonarán, es consultar el diccionario de la RAE que tiene tres siglos de reflexión sobre el asunto. Dice así el santo libro: «Expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se piensa o se siente». Podría mejorarse, pero no está mal, el redactor se refiere ante todo a la conciencia del mentiroso, el cual sabe que lo que dice no es verdadero, pero con eso no se garantiza que no se esté equivocando o que no sea tan tonto como para desconocer la verdad y creyendo decir mentira dice verdad. Quizás por eso en el diccionario de Manuel Seco se añade algo esencial: «Cosa contraria a la verdad, dicha con intención de engañar». La intencionalidad es asunto de mucha dificultad, sobre todo en la filosofía analítica. Los anglosajones, expertos en perfidias, lo conocen sobradamente. De hecho, en el Oxford ED se lee: *A false statement made with intent to deceive*. Creo yo que Manuel Seco lo tenía presente cuando redactó su definición. La intención de engañar (*to deceive*) me parece fundamental.

Pero nosotros, ingenuos herederos de la confesión católica que todo lo borra a cambio de un padrenuestro, ¿cómo sabemos si la mentira ha sido dicha con la intención de engañar? En algunos casos no es en absoluto evidente, como cuando Jacob le birló su primogenitura a Esaú a cambio de un plato de lentejas (*Génesis*, 24). ¿Fue un engaño? ¿O una burrada más de Esaú? En cambio, sí que fue un engaño intencionado el momento en que Jacob,



que era lampiño, se presentó ante su padre Isaac, viejo y ciego, cubierto por una piel de cabrito para que lo confundiera con su hermano mellizo, que era muy hirsuto,

y le diera su bendición. Bendición que llevaba aparejada la entera herencia, claro. Eso fue como mentir en el currículo.

De modo que Feijóo va a tener que aguzar el ingenio si quiere vencer al Pinochet progresista, teniendo en cuenta que eso de decir: «¡Nos ha engañado en la cara!» a quien deja en mal lugar es al engañado. Como el marido, que es el último en enterarse.

* * *

Cuando los españoles creamos la economía moderna

El descubrimiento del Nuevo Mundo y el desarrollo del mercantilismo introdujeron nuevos cambios en la economía europea de los siglos XVI y XVII

José Luis Orella (*El Debate*)

Si en el momento actual hiciésemos una encuesta sobre el origen de la economía moderna, las miradas se irían al norte de Europa, responsabilizando a la ética protestante de raíz calvinista la disciplina, la moral y la responsabilidad del trabajo, por el libro de Max Weber *La ética protestante y*

el espíritu del capitalismo, que publicó en 1905 cuando el Imperio Británico, el alemán y EE.UU. dominaban el mundo, y los países de tradición católica vivían en un claro subdesarrollo. Incluso en la crisis de 2008, los medios financieros del norte europeo, calificaban como PIGS (cerdos) a los europeos meridionales (Portugal, Italia, Grecia y España) junto a Irlanda.

Sin embargo, detrás de esta «leyenda negra» procedente del evidente racismo norteamericano, la economía moderna tuvo su origen y desarrollo en el Imperio español, como era lógico en quien fue la primera potencia del mundo y primer imperio global durante dos siglos, y la tercera durante un siglo más. El descubrimiento del Nuevo Mundo y el desarrollo del mercantilismo introdujeron nuevos cambios en la economía europea de los siglos XVI y XVII.

Primer modelo de comercio global

España desarrolló y creó en América una nueva sociedad, mestiza pero unida en religión, cultura y gustos, lo que la convirtió con el tiempo en el mayor mercado de productos europeos. Desde una economía primitiva en los antiguos imperios, hasta la más básica recolectora en amplias áreas americanas, España generó un auge económico y estímulo al desarrollo, a través de una



emigración humana especializada (agricultores y artesanos) y el envío de semillas, víveres, útiles agrícolas, animales domésticos y toda clase de mercaderías. La explotación de estos recursos españoles sería preferentemente de Andalucía, Extremadura y Canarias, que a su vez, se vio recompensada por la contrapartida de la masiva afluencia de metales preciosos, y otros productos agrícolas de gran

importancia, como fueron la patata, o el maíz a nivel de alimentación básica. El Imperio español convirtió Lisboa y Sevilla en los centros comerciales y financieros de un mundo que iniciaba su globalización. Los Países Bajos, como centros de redistribución del norte de Europa y el mundo italiano, a su vez, del Mediterráneo, estaban incluidos en él, desde el emperador Carlos V.

La Casa de Contratación de Sevilla fue el centro de intercambio mundial más importante del mundo, con presencia de comerciantes y financieros extranjeros, principalmente flamencos, genoveses y alemanes. La llegada de los metales preciosos americanos en el siglo XVI, principalmente de plata, favorecieron un incremento de precios, y las mejoras técnicas aplicadas por Jerónimo de Ayaz, un aumento de la producción en la época dorada del imperio español. Sin embargo, el movimiento del dinero, la aplicación de tasas de interés, el derecho a la propiedad privada, el disfrute de los beneficios etc., planteó inicialmente problemas morales que debían ser solucionados para mantener el desarrollo económico del imperio.

Los dominicos y la teoría económica

El dominico Francisco de Vitoria (1480-1546), y creador de la denominada Escuela de Salamanca, que se convertiría en el Harvard del mundo de aquel entonces, fue un dominico que asentó las bases del Derecho Internacional, y las bases morales de la economía moderna, al concebir la libertad de movimientos de hombres, dinero y productos como algo positivo para el bien común de la sociedad.

A partir de él, otros dominicos obtendrán una gran importancia en el origen de la teoría económica científica, como Tomás de Mercado (1525-1575) cuyo libro más conocido es la *Suma de tratos y contratos* escrito en 1571 como respuesta a las dudas de conciencia que le habían formulado comerciantes de negocios de México y Sevilla. Domingo de Soto (1494-1560), también dominico, renovó el Derecho de Gentes y expuso en su *De Iustitia e Iure*, su teoría sobre el dinero. El navarro Martín de Azpilcueta (1493-1586), ex rector de la Universidad de Coimbra, fue el primer economista en la historia que descri-



bió correctamente el fenómeno de la inflación, ocasionado por la afluencia de metales preciosos procedentes de las Indias.

Desde Tomás de Aquino, los dominicos habían defendido la propiedad privada,

frente a otras órdenes mendicantes, principalmente los franciscanos, quienes resaltaban el fin social por encima del derecho de propiedad. No obstante, el obispo Diego de Covarrubias y Leiva (1512-1577), partícipe en el Concilio de Trento, pionero en la lucha contra la esclavitud, fue un defensor del derecho de los propietarios a disfrutar en exclusividad a los beneficios que pudieran derivarse de su actividad.

Los escolásticos y teólogos españoles prestaron atención a los asuntos económicos, conscientes de que la riqueza particular contribuía a la riqueza general, y aportaron nuevas interpretaciones extraídas de la ley natural para una economía moderna, pero que debía ser justa, respetando la dignidad de la persona. La segunda generación de la Escuela estará formada por jesuitas, entre los que destacarán Luis de Molina (1535-1601) y Francisco Suárez (1548-1617). El primero será un defensor de la propiedad privada en la línea del dominico Domingo de Soto. En cuanto al segundo tuvo un papel protagonista en la renovación del pensamiento filosófico, de gran relevancia en el carácter hegemónico en las escuelas católicas de España-Portugal e Italia, pero también en la tradición reformista de las escuelas alemanas y neerlandesas, de la tradición de Philip Melanchthon y Hugo Grotius.

La expulsión de los jesuitas del mundo católico en el siglo XVIII y la extinción de la Compañía de Jesús en 1773 condenó a nuestros países al olvido científico. En España su reconocimiento vendrá en 1941 y 1942, por el profesor Alberto Ullastres, quien analizó la teoría monetaria de Martín de Azpilcueta, y fue posteriormente como ministro de comercio, uno de los protagonistas del

«milagro español económico» de los años sesenta. A nivel internacional, el espaldarazo final vino dado por Joseph Schumpeter en su Historia del análisis económico publicado en 1954, donde elogió el alto nivel de la ciencia económica en la España del siglo XVI. Según él esta escuela fue el grupo que más se merece el título de fundador de la Ciencia Económica. Posteriormente Marjorie Grice-Hutchinson subrayó su importancia en su obra *The School of Salamanca, Readings in Spanish Monetary Theory, 1544-1605*.

* * *

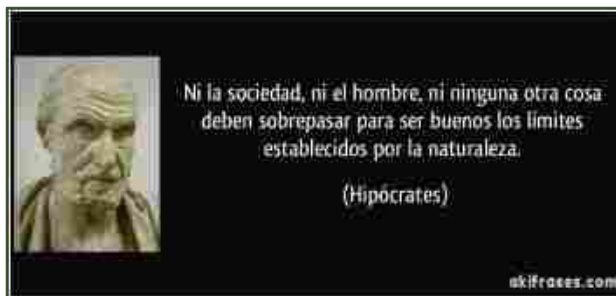
Necesidad de los límites

Los límites son la garantía de la libertad, porque sin ellos no existe un orden en el que ejercerla.

Juan Manuel de Prada (*XL Semanal*)

Comiendo con unos amigos en un restaurante nos burlábamos de ciertos mandatos por completo desquiciados o ilógicos que hemos aceptado con completa naturalidad desde que el coronavirus irrumpiera en nuestras vidas. Así, por ejemplo, que durante las dos horas que dura nuestra comida en un restaurante permanezcamos sin mascarilla para después encasquetárnosla durante el minuto escaso que tardamos en levantarnos de la mesa, cruzar el restaurante y salir a la calle. Alguien resaltó entonces la paradoja del hombre democrático, que se cree plenamente soberano, dotado de autonomía plena, «autodeterminado», y sin embargo se allana ante reglamentaciones por completo absurdas, movido por el miedo o por una extraña sumisión ciega.

Lo característico de la existencia humana es la existencia de límites (empeñando por el límite temporal). Los límites son los que definen y determinan



nuestra andadura terrenal, la arquitectura con la que damos forma (sentido) a nuestra vida, que de lo contrario se convertiría en una materia informe. Del mismo modo que una valla y una podadera dan forma y sentido a un jardín (que, de lo contrario, se precipitaría en selva inextricable)

lo que garantiza una vida humana plena es la asunción de unos límites. La sabiduría ancestral ha determinado, por ejemplo, que no se trabaje todos los días, ni todas las horas del día; cuando esos límites se borran, la vida se convierte en una pesadilla, por mucho que nuestra disposición al trabajo sea máxima. La sabiduría ancestral también ha determinado que destinemos nuestro amor a unas personas en concreto, más allá de que estemos dotados para amar sin tasa, pues de lo contrario podríamos incurrir en aquella monstruosidad filantrópica que denunciaba Dostoievski, que a la vez que nos anima a amar a una Humanidad abstracta nos permite odiar a nuestro prójimo concreto. Por supuesto, en el ser humano anida una vocación espiritual que se dispara hacia el infinito y la eternidad; pero la sabiduría ancestral quiso que

también esa vocación espiritual se concretase, mientras dura nuestra andadura terrenal, a través de unos límites: la abstinencia y el ayuno son limitados por el calendario, la adoración es limitada por la liturgia, la oración es limitada por la letanía, etcétera. Y aún los místicos necesitan delimitar su vocación espiritual, como aprendemos leyendo *Las moradas de Santa Teresa*.

Chesterton afirmaba que había que defender «las sagradas limitaciones del hombre» contra «el vuelo ilimitado del superhombre», pues son la condición necesaria para que haya libertad en el mundo. Así, en su novela *La taberna errante*, hay un personaje que ama las tabernas; y, para que las tabernas puedan existir pacíficamente, considera que los hombres deben admitir los límites del incesto o la poligamia. El villano de la novela, en cambio, considera



que los hombres no deben aceptar esos límites, y acaba prohibiendo las tabernas. Dios hizo libres a Adán y Eva cuando les dio un límite (el árbol del conocimiento del bien y del mal); y cuando Adán y Eva transgredieron ese límite, pensando ilusamente que

eran superhombres, se volvieron esclavos, porque se tropezaron con una inmensidad en la que terminarían naufragando. Del mismo modo, la autodeterminación nos transmite un espejismo grotesco de omnipotencia; pero esa ilimitada autonomía acaba sumiéndonos en un extravío que nos torna más débiles y nos empuja a aceptar cualquier guía arbitraria. Así, por ejemplo, el hombre autodeterminado puede pensar que ya no tiene por qué abstenerse de comer carne tal o cual día del año; pero acaba aceptando el mandato absurdo que le impone abstenerse de comer carne todos los días del año. Allá donde no existe un límite bien definido, la vida se convierte en un páramo inmenso, en un carrusel mareante; y en medio de ese páramo o carrusel donde las cosas no están bien definidas, donde no existe la contención, es más fácil imponer mandatos absurdos o arbitrarios. Sólo los límites garantizan la libertad del recinto; allá donde no hay recinto, la ley de la selva establece sus designios, prohibiendo o permitiendo las cosas más arbitrarias, para hacernos creer que de este modo no naufragaremos en la inmensidad inabarcable a la que hemos sido arrojados.

La autodeterminación se convierte así en la premisa necesaria para la tiranía. Primero embauca al ser humano con el caramelo de una existencia sin límites; y cuando el ser humano se pierde en esa inmensidad ilimitada le impone los límites más caprichosos, con la excusa de curar su extravío y desconcierto. Los mandatos desquiciados e ilógicos necesitan, para imponerse sin resistencia, de hombres que se crean ilusamente dioses.

* * *

La injusticia que provoca la resistencia ucraniana

El factor humano es decisivo y sorprende a los que no creían que aún quedara alguien dispuesto a luchar por la libertad

Julián Carrón (*Corriere della Sera/páginasDigital*)

Impresionan las imágenes de la población civil ondeando banderas ucranianas delante de los tanques. Más aún que las de los hombres armados por un ímpetu natural de autodefensa. ¡Qué desproporción! Sobre esta guerra –«acto bárbaro y sacrílego», como la definió el papa Francisco en el Ángelus del 27 de marzo– se ha escrito mucho. Interpretaciones diversas, incluso contrapuestas, pero hay un dato que se impone y con el que todas ellas deben medirse tarde o temprano. ¿Cuál? La inesperada resistencia ucraniana.

El factor humano –aparte de los militares y estratégicos, y de las valoraciones que se pueden hacer, pero no tengo competencia en esta materia– se ha impuesto a la vista de todos, sobre todo a los que nunca habrían apostado –como nosotros, probablemente– porque aún haya alguien dispuesto a luchar así en defensa de la libertad. Con su audacia, los ucranianos nos están testimoniando



a todos una autoconciencia que nos deja sin palabras, un hambre y sed de justicia que nos llenan de asombro.

Nos han «obligado» a tomar conciencia del carácter irreductible del yo, el suyo y el nuestro. Creíamos que estaba adormecido por el consumismo, como nos pasa a

tantos de nosotros, o que no valía la pena secundar esa sed de libertad de la que está hecha el corazón humano, pero nos han demostrado lo contrario. Al margen de todo lo que se diga, en ellos estamos viendo que el corazón no se rinde ante el poder.

¿Cómo se explica entonces el origen de la infatigable resistencia ucraniana que tanto nos sorprende? Siempre es una provocación de la realidad lo que despierta nuestra humanidad. Deberíamos haberlo aprendido de la experiencia vivida en la pandemia, cuando se agudizaban las preguntas que la difusión del Covid suscitaba en nosotros. En todos, sin distinción de ideología, credo o condición social.

Si miramos nuestra experiencia, no nos costará entender qué es lo que ha despertado el yo de los ucranianos frente a la «violenta agresión» que están sufriendo. Nada despierta en nosotros la exigencia de justicia, por muy dormida que esté, como sentirla pisoteada, sobre todo ante la «bestialidad de la guerra» (papa Francisco). No hay discurso, convicción o ética que tenga la fuerza de despertar el yo, más que la poderosa provocación de la realidad. Así lo vio Massimo Recalcati, señalando un factor «que puede escaparse hasta de los

análisis geopolíticos más agudos». ¿Cuál? La «fuerza del deseo», ese «factor suplementario que excede las capacidades militares y las artes estratégicas». Algo que el poder suele infravalorar.

Tal vez la provocación de la guerra en Ucrania no nos haya tocado tan de cerca como el Covid, pero las imágenes de destrucción, que en Europa creíamos haber dejado atrás definitivamente tras dos guerras mundiales, nos han sacudido de manera indudable y no hemos podido evitar enfrentarnos a esa sacudida, como testimonia la oleada de solidaridad con los refugiados que estamos acogiendo en nuestras ciudades. Un mar de caridad que nos llena de gratitud.

¿Pero cómo no confundirse ante tal cantidad de artículos, debates televisivos y conversaciones que pueblan nuestras jornadas? Puede ayudarnos una sugerencia de método: no permitir que la razón se absolutice, es decir, que no se separe de la realidad para no dejarla a merced de la ideología. Cuando la persona se topa con la provocación de la realidad se desata toda la exigencia de su razón, impidiendo así que sucumba a sus diversas reducciones. Tal vez tomar en consideración el deseo de justicia de los que sufren tanta violencia es lo que ha permitido a periodistas como Antonio Polito o Ezio Mauro, por poner dos ejemplos, desenmascarar un uso reducido de la razón y cierta equidistancia entre el yo y el poder. Lo decía maravillosamente Vasili Grossman en *Vida y destino*: «El totalitarismo no puede renunciar a la violencia. Si lo hiciera, perecería. La eterna, ininterrumpida violencia, directa o enmascarada,



es la base del totalitarismo. El hombre no renuncia a la libertad por propia voluntad. En esta conclusión se halla la luz de nuestros tiempos, la luz del futuro».

Lo que está en juego en la invasión de Ucrania por parte de Rusia es una lucha que nos afecta a cada uno de nosotros. ¿Cómo podemos defendernos de la pretensión

totalitaria del poder? Siendo conscientes de la estrategia que utiliza. Luigi Giussani la describe así: «Su gran sistema, su gran método es adormecer, anestesiar o, mejor aún, atrofiar [...] el corazón del hombre, las exigencias del hombre, sus deseos [...], el ímpetu sin fronteras que tiene el corazón. Y el resultado es gente limitada, encerrada en sí misma, prisionera, ya medio cadáver, es decir, impotente». Por ello, insisto, el único dique auténtico frente al poder es el deseo, y por tanto encuentros y lugares que lo sepan despertar. Sigue diciendo Giussani: «El único recurso para frenar la invasión del poder es ese vértice del cosmos que es el yo, la libertad. [...] El único recurso que nos queda es una potente recuperación del sentido cristiano del yo, del carácter irreductible de la persona». De ahí la afirmación: «Nosotros no tenemos miedo del poder, tenemos miedo de la gente que duerme y, con ello, permite al poder que haga con ellos lo que quiera», porque «el poder avanza en proporción de la impotencia de los demás», de la inconsciencia del yo.

¿Cuál es el objeto adecuado de nuestra libertad, de nuestra capacidad de satisfacción total? ¿Qué le basta al deseo para movernos desde el fondo de nuestro ser? Solo algo que sea capaz de cumplirlo. Todo lo demás, hasta la anexión de otra nación, es «poco y pequeño para la capacidad de nuestro ánimo», nos recuerda Leopardi.

Solo una paz que esté a la altura del corazón humano podrá ser una paz verdadera, duradera, la que imploramos con toda la Iglesia el pasado viernes. Solo Cristo, no como mero nombre o doctrina sino como acontecimiento presente, está a la altura del corazón de cada hombre. Como grita al mundo el papa Francisco, es Cristo, Cristo vivo, la «fuente de la verdadera paz»: para los rusos, para los ucranianos y para nosotros.

* * *